



En los Libros de la Vida estaba claramente consignado que ellos iban a ser uno de los tantos amores a primera vista que de tiempo en tiempo toman cuerpo en la Tierra. Es más: ciertas apostillas en los Libros decían, *ad litteram*, que sería un amor para siempre, definitivo, frenético. Cosa rara en él, que era de proceder taciturno, lejano a los arrebatos; aunque hubiese resultado natural en ella, quien de ese modo había amado siempre a su marido, a pesar de la ruptura que para ambos significó el llamado a filas. Pero las anotaciones de los Libros de la Vida no se rebaten: se acatan, sin saberlo; se cumplen, sin posibilidad de apelaciones ni de segundas oportunidades.

Aquella mañana ella salía de la Oficina de Correos, como todos los jueves cuando llegaba la esperada carta desde el frente. Él venía cruzando el parque, cubriéndose bajo la sombra de unos guayacanes que a esa hora ya dejaban caer su lluvia de colores, listo para enviar al diario el reportaje sobre los que se quedan atrás, en los pueblos mustios por el abandono y por la amarga tarea de parir carne para los cañones. Era una tarea solitaria, ingrata y acaparadora, justo lo que necesitaba para ir poniendo a un lado su repentina viudez.

Al lado

ARIEL BARRÍA ALVARADO

En media calle se toparon y el hombre sintió el escalofrío que suele acompañar el cumplimiento de un designio. Contra su costumbre, se paró en seco, intrigado por el desequilibrio inducido por la mujer que le pasaba al lado, la vista fija en la hoja amarilla de un telegrama. Hizo más aún: abrió la boca para llamarla, para pedirle que le confesara la causa de los sollozos que empañaban la presentida belleza de sus ojos.

Pero no lo hizo. Apenas sacudió la cabeza, un instante o dos, conjurando la sorpresa que lo maniataba, mientras la mujer a sus espaldas iba tapándose el rostro para que nadie viera su llanto, bajo el pertinaz asedio de las flores radiantes.

Ambos ignoraban que por su lado, en un instante irreplicable de sus vidas, había pasado el único ser en el mundo que, según los Libros, podría haber colmado para siempre la inmensa y letal soledad que se les venía encima.

(Y es que de no ser por esa fractura en la infalibilidad de los Designios, ellos hubiesen sido protagonistas de una pasión trascendental, de las que sólo se ocupan los novelistas y los dramaturgos, y —muy de vez en cuando— uno que otro escritor de cuentos.)

*Tomado de: Ariel Barría Alvarado. Ojos para oír. INAC, Panamá 2007. El autor es novelista y cuentista.